



MARCHESI, A. (2004): *Qué será de nosotros, los malos alumnos*, Alianza, Madrid, 263 pp.

El hecho de que haya sido Marchesi uno de los redactores y gran promotor de la LOGSE y una figura relevante, por tanto, en el campo educativo hace que se le siga la pista en sus obras. Todo lo cual se vuelve más llamativo con un título como éste *Qué será de nosotros, los malos alumnos*. Por tanto, la importancia del autor y lo sugerente del título hacen un combinado perfecto para animar a la lectura de una obra.

Como en *Memoria de mis putas tristes*, los títulos arriesgados parecen obligar a justificarlos. La referencia a los 'malos alumnos' en lugar de los eufemismos en boga dan contundencia y respeto al autor. La referencia a éstos como 'nosotros' consigue un efecto de sorpresa ¿nosotros, los intelectuales?, que Marchesi aclara como una búsqueda de implicación de los colectivos con responsabilidad también con esos alumnos.

El libro va dirigido a profesores y padres. Persigue conocer mejor a estos alumnos y, sobre todo, aportar propuestas de actuación que mejoren la situación de estos tres colectivos en dicho tema.

Podría decirse que los cinco primeros capítulos responden a la búsqueda de un mayor conocimiento de los malos alumnos. Tras esbozar algunos de los cambios sociales y sus repercusiones en la educación que nos ayuda a tratar de entender a este colectivo, se adentra en el análisis de su perfil social y a partir de éste siguen tres capítulos que se corresponden con tres características distintas que dan nombre a los 'malos alumnos': con dificultades en el aprendizaje, desmotivados y con problemas emocionales y de conducta.

La división extrema de subapartados en cada uno de los capítulos, que convierte en norma la presencia de un apartado por página, incluso en ocasiones tres apartados por hoja, es un indicador de un estilo que podríamos definir como tipo *flash*. Lo cual se traduce en una lectura sencilla, incluso extremadamente sencilla, dada la imposibilidad de expresar todo un contenido complejo en tan pocas palabras. Podría afirmarse que nos encontramos más ante un texto divulgativo que ante un estudio de gran elaboración. De donde no debe deducirse carencia de rigor, pero sí falta de exhaustividad en diversos momentos.

Pero como decíamos antes, el objetivo del autor se centra en «ayudar a la reflexión intelectual y afectiva» y en «proponer iniciativas». Podría afirmarse que se parte de una concepción del profesorado y de los padres alejada de un conocimiento excesivamente elaborado. En el caso de los segundos se trataría de una situación más fácilmente explicable y comprensible. Aunque el aspecto a destacar no es tanto éste como que es cuanto menos atrevido pensar que los padres de los 'malos alumnos' se lean el libro. En lo que atañe al profesorado, la sencillez en el lenguaje y en la elaboración sí que parece un modo de garantizar la lectura.

Merece ser destacado en positivo la introducción de textos cortos que ilustra lo que se va tejiendo a lo largo del libro. Se trata de fragmentos representativos del tema trabajado, generalmente puestos en boca de los protagonistas en cuestión, y en otros momentos, de breves artículos de opinión de intelectuales. De igual modo, cabe subrayar como aspecto interesante, la actualidad de los datos que se aportan.

De la información que se ofrece, sólo en una ocasión se hace alusión a las diferencias por



Comunidades Autónomas (pp. 46-47). Sin embargo, esto ha sido suficiente para que los medios de comunicación en Canarias (prensa, televisión) y el propio Parlamento de Canarias hicieran referencia al «Informe Marchesi». También habría que decir que, en honor a la verdad, fue el motivo por el que nos acercamos a este libro, si bien, dichos datos no son más que una tabla extraída de las estadísticas oficiales publicadas por el MECED.

Más detalladamente, el primer capítulo lleva por título «Un problema vital». En las transformaciones sociales se alude en tres hojas al peso de las tecnologías de la comunicación, a los jóvenes hoy en día y a la inmigración. Más logrado es el apartado sobre las tensiones en el campo educativo. En él se destaca el choque entre la demanda social y las necesidades del alumnado y cómo enfocar la educación de una manera u otra implica modos de evaluación diferentes. Y desde este primer momento, Marchesi subraya algunos elementos imprescindibles para atender al alumnado, en los que insiste en los siguientes episodios. Entre ellos: el compromiso del docente, su capacidad de decisión y la disposición de tiempo que implica, la necesidad de no abarcar un excesivo número de alumnos con problemas por clase, así como contar con los recursos necesarios. Intentando comprender a los malos alumnos, nos diseña un sistema de indicadores que articula factores psicológicos, socioculturales e institucionales, formado por seis niveles: sociedad, familia, sistema educativo, centro docente, aula y alumno. El capítulo acaba buscando responsables y, sobre todo, señalando una vez más que los distintos sectores implicados en educación: alumnado, profesores y padres entienden que la causa principal del fracaso escolar reside en los primeros, siendo éstos lo que de manera más destacada reconocen su culpabilidad.

Cuando el autor analiza el «Perfil social de los malos alumnos», trata acertadamente la influencia de lo social, particularmente de los aspectos socioculturales, coincidiendo con los datos que ya reflejara el Informe Pisa de 2000. Es interesante ver: la relación entre el contexto sociocultural y la participación en programas de Garantía Social; la correlación entre los porcen-

tajes de población con estudios postobligatorios por Comunidades Autónomas y los de graduados en ESO, o entre estos últimos y los de gasto por alumno; mientras no ocurre así entre los graduados en ESO con el PIB per cápita de cada comunidad. Completa el capítulo las atribuciones que hace el alumnado del fracaso escolar y su posicionamiento en algunos debates sociales que permite considerarlos de izquierdas o de derechas. Cabe destacar su insatisfacción con la institución educativa y por tanto una tendencia de los peores alumnos a lo que Marchesi califica como radicalización, tanto en la extrema izquierda como en la extrema derecha.

Los tres capítulos siguientes tratan tres características del alumnado que hace hablar de ‘malos alumnos’. En primer lugar, los «Alumnos con dificultades en el aprendizaje». La estrategia del autor es que si entendemos cómo aprenden los alumnos que no tienen dificultades, podremos ver cuáles son las dificultades del alumnado con problemas. Particularmente pone mayor énfasis Marchesi en el alumnado que, bien por no aplicar un claro ejercicio automático, bien por no darse una buena selección, tiene problemas de atención y de lectura. Sin exigir responsabilidades, el autor consigue situar adecuadamente la necesaria implicación del profesorado. De ahí el hincapié en que el profesor conecte la información que da al alumnado con sus esquemas previos, buscando que pueda ser interesante para éste (p. 66) y que sea consciente del origen de los problemas del alumno para saber cómo ayudarle (p. 73).

El capítulo cuarto está dedicado a los «Alumnos desmotivados», donde se analizan las causas de tal desmotivación y estrategias posibles a seguir por la escuela para evitarla. Entre estas estrategias: incorporar lo que ocurre en la sociedad, dar al alumnado la posibilidad de descubrir la funcionalidad del aprendizaje, que éste se conecte con la realidad exterior o el uso de internet (pp. 116-117). Más interesante que todo esto, es la alternativa que ofrece Marchesi para sustituir la falta de conocimientos o de interés de la familia en la colaboración en el estudio de sus hijos, cual es que la escuela ponga a disposición del alumnado «lugares de estudio con algún profesor que les oriente y ayude a

resolver sus dificultades» (p. 118). Pero curiosamente, cuatro páginas más adelante, vuelve el autor a destacar la acción de la familia olvidándose de lo anteriormente dicho. Y se dicen cosas como:

En primer lugar, la familia debe cooperar para que no se instale en su hijo el sentimiento de incompetencia ante las tareas escolares debido a sus dificultades de aprendizaje. Para evitar esta situación, los padres deben ayudarlo en sus primeras etapas escolares, especialmente en el aprendizaje de la lectoescritura y de las habilidades lógico matemáticas (p. 122).

En todo este proceso es necesario que los padres estén en contacto con el maestro o profesor de su hijo para conocer su punto de vista, para coordinar las iniciativas y asegurar que los mismos o semejantes mensajes lleguen al alumno desde la familia y desde la escuela (p. 123).

O se buscan sustitutos de las habilidades a potenciar, muy discutibles, que han de detectar los padres, con lo cual ya no estaríamos hablando muy probablemente de un nivel sociocultural bajo:

Los alumnos con escasa motivación en el aprendizaje escolar tienen siempre algunos intereses específicos en los que se desenvuelven bien: el deporte, la música, el dibujo, los animales, los cómics, algunas colecciones, los juegos de ordenador, etc. Es preciso que la familia sepa aprovecharlos y mejorar al autoestima y la confianza del niño cuando se mueve en los temas y actividades que le interesan (p. 123).

Por último, en la parte referida al alumnado, se dedica un capítulo a analizar los factores que están detrás de los «Alumnos con problemas emocionales y de conducta». Entre las ideas a destacar: que no se prodigan los estudios que analizan la cultura del alumnado, cómo influye en su comportamiento, en sus relaciones escolares y en conseguir los objetivos escolares (p. 133). Se alude a la relación entre lo cognitivo y lo emocional. A partir de ahí parece lógico de nuevo el papel del profesorado: en no tener expec-

tativas negativas ante el alumnado que molesta o en comprender las causas y los efectos de tales conductas. Parece claro que las emociones han pasado a un primer plano, así Marchesi concluye que una responsabilidad de los centros y de los profesores es el cuidado de su alumnado: «Es preciso que cuiden del desarrollo de sus alumnos, de sus experiencias de aprendizaje, de su autoestima, de su sensibilidad y creatividad» (p. 161). Y, como no podía ser menos, nuevamente la importancia de la familia, olvidándose de su diversidad sociocultural y de cómo llegan los aspectos emotivos, evaluados en la escuela, a las familias subalternas:

la necesidad de abordar los problemas afectivos y de conducta de los alumnos desde las influencias recíprocas de la familia, de la escuela y del propio alumno. Aceptando este equilibrio de influencias, hay que subrayar, sin ningún género de dudas, que la acción de la familia en este ámbito es fundamental (p. 162).

El capítulo 6 se dedica a «El bienestar de los profesores». Entre otras cosas, se plantea cuáles son sus preocupaciones sociales, cuál es su valoración de la educación y de la profesión y cuál es su opinión sobre el papel de las familias. Vuelven a repetirse: a) el tema de las expectativas negativas del profesorado hacia el alumnado de clase baja, b) el desconocimiento de la cultura escolar. Implicando estos aspectos la mayoría de las veces, un alejamiento de los 'malos alumnos'. Todo lo cual se suma al ya famoso, pero no por ello cierto, escaso reconocimiento social al «profesor quemado» o al sentido de la actividad docente. Pero poco se dice sobre la responsabilidad institucional en estas cuestiones o sobre el prurito elitista que desarrolla un grupo importante del profesorado y que explica que la situación descrita tenga lugar. Cuando se alude a la responsabilidad de la Administración, se pide el consabido respaldo a los docentes, que se aplique una buena política de personal o que se potencie una carrera profesional. Más sentido tiene que se preste una actuación diferente con el profesorado que trabaja en centros más complicados, aunque probablemente para ser eficaz, esto debería ir más lejos que lo propuesto por



Marchesi: profesores de apoyo y mejoras en las condiciones de trabajo de los docentes del tipo menos horas lectivas, más tiempo para trabajar en grupo, para tutoría y para atención a las familias (p. 196).

El penúltimo capítulo toma como eje las familias. Como ha podido verse antes, entre reconocer el peso de lo sociocultural por un lado, y resaltar la necesidad de compromiso de la familia con la cultura escolar, por otro, el autor se decanta por esto último. Por eso en este apartado «La familia, entre el agobio y la despreocupación», predomina una concepción sobre la familia donde se olvida cómo marca su cultura, su situación profesional, sus estudios para actuar con sus hijos y relacionarse con el sistema educativo de una manera u otra. En las diferentes caracterizaciones que establece Marchesi sobre distintos elementos para comprender la familia de hoy, sobre el modelo de Grolnick para comprender las relaciones familia-escuela, sobre la tipología de familia de Coleman, encontramos esa constante contradicción. Situación que permanece más aún cuando se cuestiona qué pueden hacer los padres con hijos con problemas escolares. Lo dicho se plasma pues en todo el capítulo, por reproducir sólo algunos párrafos referidos a la atribución que se hace a las familias:

Entre sus funciones [...] están las de educarles y de colaborar con la escuela. Los padres no son maestros pero han de actuar en ocasiones como cooperantes y cómplices de los maestros... (p. 207).

Mucha paciencia, perseverancia, capacidad de diálogo, mano izquierda y habilidad negociadora deben tener los padres para mantener la estrategia adecuada (p. 211).

La exigencia por parte de los padres es, por tanto, necesaria pero también lo es el afecto y la negociación [...] La comunicación con los hijos sobre los comportamientos inadecuados en la escuela, el análisis conjunto de sus causas y la búsqueda de acuerdos pactados sobre lo que sería posible y deseable, es una buena estrategia para hacer frente a estos problemas (pp. 218-219).

Claro que eso se combina con afirmaciones de otro calibre:

No es extraño [...], que la mayoría de los alumnos que no obtienen el título al término de la Educación Secundaria Obligatoria procedan del contexto social más bajo (p. 213)

Más allá de esto, hay dos aspectos a resaltar, aunque también contradictorios entre sí. De nuevo uno, que demuestra el desconocimiento sociocultural del que hablamos. Y otro, que hace lo contrario. En el primer caso, nos referimos a la consideración que establece el autor de que las familias monoparentales tienen mayores problemas que las familias formadas por pareja, entre otras cosas porque tienen problemas económicos mayores. En cambio, una valoración de otro signo merece la obligación que otorga a los centros para que ayuden al alumnado a suplir la diferencia cultural. Ello puede deducirse de las aseveraciones del autor sobre la pertinencia de que cuando los padres no pueden animar ni supervisar a sus hijos, sean los centros los que ayuden a hacer los deberes, aunque sea para «compensar sus carencias» (p. 221). Claro que, la compensación no es la solución y de ello es consciente el autor: «El riesgo que existe con el tiempo de refuerzo de los alumnos con retrasos en aprendizajes es que se sigan aburriendo y no consigan recuperar o desarrollar su interés por aprender» (p. 219).

Marchesi finaliza esta obra con un capítulo dedicado a «Mejorar la educación y ayudar a los alumnos con problemas escolares» (p. 223). En esta ocasión se plantea cómo tratan la situación las distintas reformas educativas (LOGSE y LOCE), en particular cómo se trabaja con la diversidad del alumnado y sobre la escolarización del alumnado con necesidades educativas especiales. Se reconoce que el problema de la diversidad cada vez será mayor y se sugiere la pertinencia de trabajar de manera distinta con el alumnado con mayor posibilidad de fracaso escolar dando mayor apoyo, programas específicos, orientación, formación del profesorado, etc. Se critica la LOCE, pero se reconocen algunos fallos de la LOGSE, aunque no todos. Así, por ejemplo, sigue defendiendo Marchesi la per-

tinencia de no asociar la Formación Profesional a los peores alumnos. De entre las cosas relevantes de este capítulo, nos gustaría destacar una positiva y otra negativa. En la primera, algo ya dicho antes, que los centros abran de tarde para que el alumnado pueda estudiar y que sean maestros contratados ex profeso los que colaboren con el alumnado en sus dificultades. Distinta valoración nos produce el posicionamiento de Marchesi sobre la admisión del alumnado. Reconoce que defender la libertad en la elección de centro supone evitar la escolarización de otro grupo de alumnos, y que esto es especialmente llamativo en la práctica, como refleja la composición del alumnado según acuda a centros públicos o a centros privados concertados. Pero a la vez demanda una mayor financiación de la enseñanza privada concertada.

Hemos señalado las virtudes y las críticas que hemos visto en este libro, tanto metodológicas como de contenido. A modo de síntesis, en el apartado de críticas, especialmente de contenido, señalar que aunque se refiere a la importancia de lo sociocultural en lo que hace a los 'malos alumnos', el autor no termina de tener en cuenta esta circunstancia en el desarrollo de su análisis. Asimismo, nos propone medidas para poder solucionar la situación que distan de ser una alternativa factible o que directamente consiguen un efecto opuesto al resultado esperado. Lo que queda reflejado, entre otras cosas, en lo siguiente:

- Aun reconociendo la dificultad de contar con la participación de las familias con peor situación sociocultural, se sigue insistiendo en buscar la implicación de éstas para que apliquen en la casa las estrategias básicas que ha de seguir la escuela. Lo cual muestra un desconocimiento importante de la realidad sociocultural, aunque haya sido destacado

en otros capítulos el peso del factor sociocultural.

- Se echa en falta un mayor énfasis en el factor institucional como responsable de lo que acontece en el sistema educativo. Tanto en la explicación de la existencia de los 'malos alumnos', como en las posibilidades de cambio de esta situación. Dicho de otro modo, no parece que los responsables prioritarios sean el profesorado y la familia.
- Tampoco se puede poner en un mismo nivel la responsabilidad del profesorado y la de la familia. Al profesorado se le paga para que ejerza su actividad y ello implica garantizar la igualdad de oportunidades con su alumnado. En cambio, a las familias no puede pedírseles la misma responsabilidad.
- La fantasía de considerar como solución posible a la combinación peligrosa formada por el contexto sociocultural bajo del individuo y del centro, la potenciación de contextos socioculturales más equilibrados (p. 46).
- Además, resulta incomprensible la defensa de una mayor financiación a los centros concertados. Algo que choca con el objetivo de cambiar la situación de los 'malos alumnos'.

Entre las virtudes nos gustaría destacar la preocupación por tratar el tema de los 'malos alumnos' con el objeto de conseguir que su situación como colectivo mejore, reconociendo la implicación necesaria del profesorado. Asimismo, con todos los reparos comentados anteriormente, cabe destacar que al menos en parte responsabilice a la institución educativa de la tarea de 'suplir' algunos aspectos básicos de la diferencia cultural de los 'malos alumnos', aunque ello no sea suficiente.

BEGOÑA MARÍA ZAMORA FORTUNY